

les faltaba mas que caballeria. Napoleon les preparó una numerosa y escelente, en Compiègne, Chartres, Orleans y Tours. Durante la campaña de Polonia habia puesto tanto cuidado y esmero en conservar los depósitos de caballeria como los de infanteria. Los habia continuamente provisto de hombres y caballos, y podia sacar de ellos para enviarlos al Mediodía los refuerzos que la paz de Tilsit le dispensaba de enviar al Norte. Mandó, pues, reunir en Compiègne una brigada de mil husares, en Chartres otra de mil doscientos cazadores, en Orleans una de mil quinientos dragones, y la cuarta, de mil cuatrocientos coraceros, en Tours, que componian un total de cinco mil caballos, sacados de los depósitos, y demasiado numerosos para los montuosos paises en que debian operar los dos ejércitos de la Gironda. Aquellas no eran mas que meras precauciones, porque era muy dudoso que se necesitasen tantas fuerzas en Portugal; pero Napoleon tenia gran deseo de atraer á los ingleses hacia aquella parte, y aunque los soldados que enviaba allí eran jóvenes, le parecian suficientes para oponerlos á las tropas británicas, y mas que suficientes para batir á los ejércitos meridionales, de que no hacia entonces ningun caso.

Todo estaba, pues, preparado para apoderarse de Portugal, aun sin contar con el auxilio prometido por los españoles. La respuesta que dió la corte de Lisboa fué como Napoleon habia previsto, y cual le convenia despues del acontecimiento de Copenhague, para obrar sin ninguna especie de consideracion. El principe regente de Portugal, que como es bien sabido, era yerno de los reyes de España, tanto por tradicion hereditaria como por

debilidad personal, habia llegado á ser el súbdito mas afectuoso de la Inglaterra. Sus ministros disientian de su opinion, es cierto, y algunos de ellos creian que la dependencia de la Inglaterra no era el régimen mas apetecible para Portugal, ni el medio mas seguro de vender sus vinos y proporcionarse cereales; pero los demas pensaban que vivir con la Inglaterra y por ella, era una cosa muy buena en todo tiempo, y mucho mejor desde que la Francia habia entrado en el sendero de las revoluciones, y que uniéndose con esta, corria riesgo de variar, no solo de régimen industrial sino social. El principe regente advertido de la absoluta voluntad de Napoleon, por el señor de Lima, su embajador en París, y por Mr. de Rayneval encargado de negocios de Francia en Lisboa, habia concertado con el gabinete británico la conducta que debia observar, con el doble objeto de evitar la presencia de un ejército francés, y que los ingleses sufrieran el menor daño posible. Habíase entendido al efecto con Mr. Canning por medio de lord Strangford, y tomado el partido de conceder á la Francia la exclusion aparente del pabellon británico, y si era preciso, una declaracion simulada de guerra contra la Inglaterra; pero negándose al mismo tiempo á adoptar ninguna medida contra las propiedades y personas de los comerciantes de aquella nacion, porque Lisboa y Oporto habian llegado á ser verdaderas factorias inglesas, en donde capitales, comerciantes, buques, todo en fin, era inglés. Conceder el arresto de las personas y la confiscacion de las propiedades, como exigia Napoleon, hubiera sido arruinar aquellos establecimientos. Convenidos ya en la res-

puesta, se esperaba que si la Francia se contentaba con ella, el comercio de Portugal, tan ventajoso á la actividad británica, y tan cómodo para la pereza portuguesa, se vería libre y desembarazado con solo una pequeña y momentánea incomodidad, y que la marina real inglesa quedaria en libertad de ir directamente desde Portsmouth á Gibraltar, sin tocar en Lisboa. Además, en caso de necesidad, no dejaria de hacer escala en los puntos menos frecuentados de las costas de Portugal, prestando el mal tiempo, de lo que la corte de Lisboa se excusaria alegando las leyes de la humanidad. Si la Francia no aceptaba semejantes condiciones, el gobierno portugués, antes que romper con la Inglaterra estaba resuelto al último extremo, no á una lucha con las tropas francesas (porque era incapáz de tan noble desesperacion) sino á huir con la corte al otro lado de los mares.

La raza de Braganza, envejecida como su vecina la de los Borbones de España, sumida como ella en la ignorancia, la molicie y la pusilanimidad, habia tomado aversion al siglo en que se efectuaban tan espantosas revoluciones, y hasta al suelo de la Europa que era teatro de ellas. En su ignominiosa misantropia, llegaba aun á querer retirarse á la América del Sud, cuyo territorio dividia con la España. Los aduladores que fomentaban aquellas vulgares inclinaciones, la alababan sin cesar la riqueza de sus posesiones de ultramar, como se pondera á un rico que se trata de arruinar su patrimonio cuyo valor no conoce. Decíanle que la corta estension de terreno pedregoso y arenisco de Portugal, no merecia la pena de ser disputado á los opresores de Europa, cuando al otro lado del

Atlántico tenia un imperio magnífico, casi tan grande como esa triste Europa que se disputaban un millon de soldados codiciosos: imperio sembrado de oro, plata, diamantes, en donde encontraria el reposo, sin tener que temer ni un solo enemigo. Huir de Portugal, abandonar sus estériles costas á los ingleses y franceses, que las regarian con su sangre cuanto quisiesen, y dejar al pueblo portugués, antiguo compañero de armas de los Braganzas, el cuidado de defender su independencia si aun la apreciaba en algo, tales eran los vergonzosos proyectos, que de vez en cuando calmaban el terror del regente de Portugal y su familia. Sin embargo, la debilidad de aquel príncipe se hallaba combatida por otra, es decir, por lo costoso que le era tomar un gran partido, separarse de los lugares en que habia pasado una ociosa y regalada vida, armar una escuadra, trasladarse á ella con sus criados, sus cortesanos y riquezas, y marchar por fin atravesando los mares á arrostrar una novedad por huir de otra. La corte portuguesa titubeaba entre estas dos debilidades; pero se hallaba pronta á embarcarse si herian su oído los pasos de un ejército francés. Se contestó, pues, oficialmente á Mr. de Rayneval, que se rompería con la Gran Bretaña, aunque el Portugal podria difícilmente pasarse sin ella, que se llegaria hasta declararla la guerra, pero que repugnaba á la honradez del príncipe regente el hacer prender á los comerciantes ingleses y secuestrar sus propiedades.

Napoleon era demasiado perspicaz para quedar satisfecho con semejantes subterfugios. Veia claramente que la respuesta habia sido concertada en

Londres (1), que la exclusion de los ingleses solo seria ilusoria, y que no conseguiria su objeto principal. Sabia ademas que la familia de Braganza tenia el proyecto de retirarse al Brasil, y no le desagradaba, porque desgraciadamente, despues del desastre de Copenhague, sus ideas habian tomado otro giro. Quería, al ocupar el Portugal, no concluir de cerrar las orillas del continente, sino apropiarse aquel reino para disponer de él á su antojo. En vez de aprovecharse de la ventaja moral que le daba sobre la Inglaterra, la vergonzosa violencia que esta habia cometido contra la Dinamarca, se habia decidido á no guardar consideraciones con los amigos de la politica inglesa, y á destruirlos á todos en provecho de la familia Bonaparte, diciéndose á sí mismo, que al fin de la guerra no seria ni mas ni menos; que la supresion de un estado mas en Europa, no produciria dificultades para la paz; que lo hecho se quedaria hecho; que segun costumbre, se adoptaria el *status præsens*, como base de las negociaciones, y que si se cambiase la faz de la Peninsula, se verian obligados á admitirla tal como la encontrasen, y á comprenderla en su nuevo estado en el

(1) Esta no es una asercion inventada para justificar la conducta de Napoleon con respecto á Portugal, sino una verdad auténtica, probada oficialmente. En efecto, algun tiempo despues, cuando la córte de Lisboa, refugiada en el Brasil, no tenia que temer ya á los ejércitos franceses, Mr. Canning confesó en la tribuna del parlamento, que todas las respuestas de Portugal á Napoleon habian sido concertadas con el ministerio británico. Documentos publicados despues suministraron esta prueba con mas minuciosidad y evidencia.

tratado general. En su consecuencia resolvió apropiarse el Portugal entendiéndose con la España, y aun servirse de él para revolucionar á esta; porque esta le disgustaba, le embarazaba y le irritaba en su actual estado tanto como las córtes de Nápoles y Lisboa, cuyos monarcas habia ya lanzado ó iba á lanzar de sus tronos vacilantes. Tal fué el principio de sus mayores faltas y de las desgracias mas considerables de su reinado. El corazon de todo buen francés se oprimirá sin duda al llegar á esta siniestra narracion, porque no es solamente el origen de las desgracias de uno de los hombres mas extraordinarios y seductores de la humanidad, sino el de las de la infortunada patria, arrastrada con su héroe en su espantosa caída.

Napoleon mandó á Mr. de Ravneval que saliese de Lisboa, y entregó su pasaporte al señor de Lima; recomendó al general Junot que acelerase la marcha de sus tropas, y que no escuchase ninguna proposicion, bajo pretesto de que no debia mezclarse en negociaciones, y que su única mision era cerrar las puertas de Lisboa á los ingleses. La intencion de Napoleon, al hacer marchar rápidamente sus huestes sobre Lisboa, era apoderarse de la escuadra portuguesa, y confiscar todas las propiedades inglesas en Lisboa y en Oporto. Si la córte de Lisboa emprendia la fuga, procuraria quitarla cuanto material naval y valores comerciales pudiese. Mas si por el contrario, se quedaba, sometiendo á sus exigencias, la captura de la escuadra portuguesa, y el botin que se hiciese á los ingleses le indemnizarian de no poder destruir la casa de Braganza, porque no era posible tratar con rigor á una córte sumisa y desarmada.

Pero restaba disponer del Portugal en el caso de que la familia de Braganza marchase á América. Apoderarse de él para la Francia, no era admisible, aun para un conquistador que habia ya establecido departamentos franceses en las margenes del Pó, y que debia constituirlos bien pronto en las orillas del Tiber y del Elba: mas razonable parecia dárselo á uno de los príncipes de la familia Bonaparte, que todavía esperaba una corona: mas esto seria ya adoptar para la Peninsula un arreglo de carácter definitivo y Napoleon queria dejarla en una especie de duda que no estorbase ninguna combinacion ulterior. Hacia algun tiempo que comenzaba á dominar en su ánimo un pensamiento fatal. Habiendo ya espulsado de su trono á los Borbones de Nápoles, creia que llegaría un dia en que tendria que obrar del mismo modo con los de España, que no eran bastante emprendedores para acometerle abiertamente, como habian hecho los de Nápoles, pero que en el fondo le eran tan hostiles como ellos: que habian tratado de hacerle traicion la vispera de la batalla de Jena: que no dejarían escapar la primera ocasion favorable; que concluirían quizá por encontrar alguna mortal para él, y que cuando no lo hiciesen con intencion, lo harian de hecho, dejando perecer en sus manos el poder español, tan necesario á la Francia como á la misma España, y tan completamente anonadado en 1807 como si no hubiese existido jamas. Cuando Napoleon pensaba en el peligro de dejar Borbones á sus espaldas, peligro poco alarmante para él mismo, pero que lo era mucho para sus sucesores que no tendrían su genio, y que encontrarían tal vez en los descendien-

tes de Carlos IV cualidades de que carecerian ellos mismos; cuando pensaba en las bajezas, indignidades y perfidias de la corte de Madrid, no del desgraciado Carlos IV, sino de su criminal esposa é innoble favorito; cuando pensaba en el estado de esta potencia tan grande todavía en el reinado de Carlos III, que tenia entonces una hacienda y una marina imponente, que no tenia ya ni un escudo ni una escuadra, y que dejaba inertes recursos que en otras manos hubieran servido ya, reunidos con los de Francia, para reducir á la Inglaterra, se llenaba de indignacion por lo presente y de temor por el porvenir; decia entre sí, que era preciso concluir de una vez, y aprovecharse de la sumision del continente á sus miras, de la adhesion de la Rusia á su política, de la prolongacion inevitable de la guerra á que la Inglaterra condenaba á la Europa, y de la odiosidad que acababa de atraerse con su conducta en Dinamarca, para renovar la faz del Occidente; para sustituir donde quiera la familia de los Bonaparte á la de los Borbones; para regenerar una nacion noble y generosa adormecida en la ociosidad y la ignorancia; para devolverle su poderio, y proporcionar á la Francia una aliada fiel y útil, en vez de otra infiel inutil y de que nada podia esperarse. Napoleon se decia en fin, que la grandeza del resultado le absolveria de la violencia ó de la astucia que le fuese necesario emplear para derribar una corte siempre pronta á rebelarse, cuando en sus incansables correrías se alejaba del Occidente, y pronta á prosternarse cuando volvía á él: por último alegaba cien razones reales para destruirla, pero ninguna ostensible.

Estos pensamientos hubieran sido justos, verdaderos y aun realizables, si no hubiera emprendido en el Norte mas obras que las que podian llevarse á cabo en muchos reinados, y si no se hubiese encargado de constituir la Italia, la Alemania y la Polonia. De todas aquellas empresas, no la mas fácil, pero la mas urgente, la mas útil despues de la constitucion de la Italia, hubiera sido la regeneracion de España. De los cuatrocientos mil soldados viejos empleados desde el Rhin al Vistula, cien mil hubieran sido suficientes y no podian haberse empleado mejor. Pero añadir á tantas empresas en el Norte otra nueva en el Mediodía, é intentarla con tropas recién organizadas, era muy grave y aventurado. Napoleon no lo creia así. No habia dificultad que no hubiese vencido desde el Rhin al Niemen, desde el Océano al Adriático, desde los Alpes Julianos al estrecho de Messina, y desde éste á las orillas del Jordan. Despreciaba profundamente á las tropas meridionales, sus oficiales y gefes no hacian tampoco mucho caso de las inglesas, y no conceptuaba mas difícil someter á la España que á la Calabria. Era en verdad mucho mas vasta, pero esto solo significaba, que si para la Calabria habian sido suficientes treinta mil hombres, bastarian en España ochenta ó cien mil, particularmente cuando se ofreciese á la intrépida nacion española, en lugar de la ignominiosa disolucion en que se hallaba sumergida, una regeneracion que ansiaba ya hacia mucho tiempo. No era, pues, la dificultad material la que hacia vacilar á Napoleon, sino la moral, la imposibilidad de encontrar un pretexto plausible para tratar á Carlos IV y su esposa, como habia tratado

á Carolina de Nápoles y su marido. Una dinastía que á su regreso de Tilsit le enviaba tres embajadores para felicitarle y rendirle homenaje; que aunque le era infiel cuando podia serlo secretamente, le daba sus ejércitos y sus escuadras en cuanto las pedia; semejante dinastía no ofrecia para destronarla, ningun motivo que el sentimiento público de la Europa pudiera aceptar como especioso. Por muy poderoso y glorioso que fuese Napoleon; aun cuando á las victorias de Montebotte, Castiglione y Rivoli, hubiese añadido las de las Pirámides, Marengo, Ulm, Austerlitz, Jena y Friedland; aunque en el concordato y el código civil hubiese establecido cien medidas de humanidad y de civilizacion, no era posible, sin indignar al mundo, que se presentase un dia diciendo:—Carlos IV es un principe imbécil, engañado por su muger, y dominado por un favorito que envilece y arruina la España: y yo, Napoleon, en virtud de mi genio y de mi mision providencial le destrono para regenerar la España.—Semejante modo de proceder no le permite nunca la humanidad á ningun hombre sea el que fuere. Suele perdonarle alguna vez despues de puesto en práctica, despues de su buen éxito, y entonces adora la mano de Dios, si su resultado es el bien de las naciones. Pero hasta tanto, considera semejantes empresas como un atentado contra la santa independencia de los estados.

Napoleon no podia, pues, destronar á Carlos IV por su imbecilidad, por su debilidad, por el adulterio de su esposa y por el abatimiento de la España. Le hubiera sido preciso una queja, que le diese el derecho de entrar en casa de su vecino, y

de variar la dinastía reinante. Le hubiera sido necesario una traición como la de la reina de Nápoles, cuando despues de haber firmado un tratado de neutralidad, acometió al ejército francés por la espalda, ó una matanza como la de Verona, cuando la república de Venecia degolló á los heridos y enfermos del ejército francés, cuando éste marchaba sobre Viena. Pero Napoleon no podia alegar mas que una proclama equívoca, publicada la víspera de la batalla de Jena, llamando á las armas al pueblo español, proclama que aparentó mirar como insignificante, que estaba acompañada, es cierto, de comunicaciones secretas con la Inglaterra, demostradas despues, fuertemente sospechadas entonces, pero negadas por la corte de España; y semejantes quejas no bastaban para justificar las palabras proferidas ya contra los Borbones de Nápoles; *los Borbones de España han cesado de reinar.*

Napoleon sin embargo, esperaba de las discordias intestinas que turbaban el Escorial, un pretexto para intervenir, para entrar como libertador, como pacificador, ó tal vez como vecino ofendido. Empero si tenia un pensamiento general y sistemático en cuanto al objeto que se proponia conseguir, no se habia fijado aun ni en el dia, ni en la manera de obrar. Hasta se hubiera conformado con una simple alianza de familia entre las dos cortes, que hubiese prometido una completa regeneracion de la España; y una alianza sincera y provechosa entre ambas naciones. Asi es, que no queria, con respecto á Portugal, ningun partido definitivo que le ligase con la corte de Madrid. Hubiera podido, por ejemplo, y habria sido el parti-

do mas seguro, dar el Portugal á la España, recibiendo en compensacion las islas Baleares, las Filipinas ó cualquier otra posesion remota. De este modo hubiera llenado de gozo á la nacion española, satisfaciendo la mas antigua y la mas constante de sus ambiciones: hubiera encantado á la misma corte, cubriendo sus torpezas con un velo glorioso, y habria por último hecho amable la alianza de la Francia, que hasta alli habia sido mirada por los españoles como muy onerosa. Mas obrar de este modo hubiera sido recompensar la pusilanimidad, la traición y la incapacidad, como la fidelidad mas útil y experimentada; y esto no podia exigirse de un aliado tan descontento como Napoleon tenia motivos para estarlo. Quedaba otro partido que tomar, que era el de apropiarse en cambio de Portugal, algunas provincias españolas limítrofes á la frontera francesa, y proporcionarse un punto de apoyo al otro lado de los Pirineos como lo tenia ya detrás de los Alpes, con la posesion del Piamonte: política detestable, buena cuando mas para el Austria, que siempre ha ambicionado poseer las vertientes de los Alpes, y cuyo terreno compuesto de conquistas mal enlazadas entre sí, no está delineado por la naturaleza de modo que pueda inspirarla gusto á las fronteras bien trazadas. Apoderarse de las Provincias Vascongadas, y de las situadas á orillas del Ebro, como Aragon y Cataluña, hubiera sido una grave falta geográfica, un medio seguro de herir á todos los españoles en la parte mas sensible, y una manera muy ineficaz de colocar á su gobierno bajo la dependencia de Napoleon, pues por su sumision y por su incapacidad de defenderse lo estaba aquel gobierno; y

no hubiera llegado á ser tan hábil, activo y adicto como podía desear por la cesion del Aragon ó de Cataluña á la Francia. Le haria mas despreciable, pero de ningun modo mas fuerte, mas intrépido y mas aplicado.

Esta manera de disponer de la España, era la peor y mas peligrosa de todas. Napoleon no se inclinaba á ella. Sin embargo, la habia examinado como todas las demas, y lo que prueba que habia pensado en ello, es que en aquella misma época, pidió á la legacion francesa en Madrid, una estadística de las Provincias Vascongadas y de las que baña el Ebro. Encontrábase entonces á su lado un consejero peligroso, no porque careciese de buen sentido, sino porque no era muy amante de lo verdadero: era este Mr. de Talleyrand, que habiendo adivinado las secretas preocupaciones de Napoleon, ejercia sobre él la mas funesta de las seducciones, la de hablarle constantemente del objeto de sus pensamientos. No hay para el poder adulator mas peligroso que el cortesano que habiendo caído en desgracia quiere recobrar el perdido favor. El ministro Fouché á quien se privó en 1802 de la cartera de la Policía, por no aprobar la excelente institucion del Consulado vitalicio, se esforzó en recuperarla, secundando con mil intrigas el funesto establecimiento del Imperio. Mr. de Talleyrand, desempeñaba en aquellos momentos un papel exactamente igual. Habia disgustado sensiblemente á Napoleon, dejando el ministerio de Negocios estrangeros por la posicion de gran dignatario, y procuraba complacerle de nuevo, aconsejándole como le agradaba que lo hicieran. Mr. de Talleyrand era uno de los que habian

seguido á la corte en su viage á Fontainebleau: desde el acontecimiento de Copenhague, veia comenzar de nuevo la antigua serie de guerras; la Francia lanzando á la Rusia al Norte y al Oriente, para poder arrojarse ella misma sobre el Mediodia y el Occidente: que la cuestion de Portugal iba haciéndose cada vez mas apremiante, y si no tenia bastante talento para juzgar sobre los arreglos que mas convenian en Europa, conocia muy bien las pasiones humanas, para descubrir que Napoleon tenia sobre la Peninsula pensamientos todavia vagos, pero que absorbian enteramente su atencion. Hecho ya aquel descubrimiento, procuró hacer recaer la conversacion sobre el asunto, y vió con satisfaccion que la frialdad que le manifestaba Napoleon iba rápidamente desapareciendo, que la conversacion era mas animada, y que si no se restablecia la confianza, le faltaba muy poco. Se habia aprovechado de aquella circunstancia, y no habia cesado de añadir al repugnante cuadro de la corte de España, coloridos de que no necesitaba para ofender la vista de Napoleon. Con respecto á Portugal, opinaba que bajar hasta el Ebro y establecerse en él, en compensacion de la cesion que se hiciese á la España en las orillas del Tajo, era una posicion de expectativa muy útil, y por consiguiente ventajosa. Napoleon no adoptaba aquel proyecto y preferia otro; mas no por eso habia dejado de llegar á ser Mr. de Talleyrand su mas íntimo confidente, despues de haber sido recibido dos meses con la mayor frialdad. Vefase continuamente á Napoleon, en cuanto volvía de la caza, ó se separaba de las señoras, hablar con Mr. de Talleyrand largamente y con mucho calor,

y á veces con una sombría preocupacion, de un asunto evidentemente grave, que se ignoraba, y no podia esplicarse, porque el imperio se encontraba próspero, pacífico y poderoso desde el tratado de Tilsit. Paseandose Napoleon por las dilatadas galerias de Fontainebleau, unas veces con lentitud y otras con una ligereza proporcionada á la vivacidad de sus pensamientos, ponía en tortura á su enfermo cortesano, que no podia seguirle sino mortificando su cuerpo, como sacrificaba su alma para lisongear los funestos y deplorables arrebatos del genio. Un solo hombre, privado por la vez primera de la confianza de que habia gozado, el archicanciller Cambaceres, penetraba el asunto de aquellas conversaciones, y desgraciadamente ni se atrevia á interrumpirlas, ni á oponer su asiduidad á la de Mr. de Talleyrand; porque con el tiempo Napoleon se habia hecho mas imperioso para con él, menos amigable, y no era ya accesible á los consejos de su tímida sabiduría. Algunas palabras que se le habian escapado, habian sido suficientes para descubrir la oposicion de aquel previsor hombre de estado á toda nueva empresa, y particularmente á mezclarse en los enmarañados negocios de la Península, en que gobiernos corrompidos dirigian á pueblos poco ilustrados, y en donde se tropezaria con dificultades diez veces mayores que las que José encontraba en la Calabria. Napoleon habia conocido perfectamente la opinion del principe Cambaceres, y teniendo la desaprobacion de un hombre sábio, cuando no temia al mundo, le manifestaba la misma amistad, pero no igual confianza (1).

(1) Refiero aqui la asercion del mismo principe Cam-

Acababa de aparecer en Fontainebleau otro personaje oscuro, rara vez admitido al honor de figurar en presencia de Napoleon, pero tan hábil y astuto como el mejor agente secreto: era el señor Izquierdo, persona en quien tenia toda su confianza el principe de la Paz, y que como ya hemos dicho, habia sido enviado en París, para tratar seriamente los negocios que los señores Maserano y Frias solo tratarian en la forma. Estaba no tan solo encargado de los intereses de España, sino de los del principe de la Paz, á quien era muy adicto, porque le habia apreciado y distinguido hasta el punto de encargarle las misiones mas importantes. Desempeñaba como mejor podia los negocios de su pais, y los de don Manuel Godoy, por que aunque partidario de este último, era buen español. Dotado de una rara sagacidad, habia presentido que se acercaba el momento crítico para España; porque por una parte, Napoleon, cada dia estaba mas descontento con una aliada incapaz y pérfida, y por otra porque habiendo tocado sucesivamente todas las cuestiones europeas, tenia naturalmente que llegar á la de la Península, y á los negocios del Mediodia por la conclusion, á lo menos aparente, de los del Norte. Asi es, que este agente sutil é insinuante, hacia cuantos esfuerzos le eran posibles para estar bien informado de lo que pasaba en el consejo del emperador. Habia logrado su objeto por medio de Mr. Duroc, aposentador mayor de palacio, que estaba casado con una

baceres, confirmada por el dicho de testigos oculares, unos antiguos ministros de Napoleon, otros individuos de su corte, y por numerosas correspondencias.



española hija del señor Hervas, encargado en otro tiempo de los asuntos rentísticos de la corte de Madrid, y que despues fué marqués de Almenara y embajador en Constantinopla. El señor Izquierdo habia cultivado aquella preciosa relacion, y procuraba, contemporizando con la rectitud y discrecion de Mr. Duroc, descubrir los designios de Napoleon, ó hacer que llegasen á sus oidos palabras provechosas. Con motivo de los asuntos de Portugal no habia dejado de presentarse con mas frecuencia en Fontainebleau, para procurar el resultado mas ventajoso á la España y á su protector.

Aunque la corte de Madrid sentia avivarse sus deseos con la idea de una operacion sobre Portugal, no podia sin embargo ver sin pesar á la casa de Braganza arrojada al Brasil, porque tenia tambien graves temores por sus colonias de América, desde que los Estados Unidos habian sacudido el yugo de la Inglaterra. El establecimiento de un estado europeo é independiente en el Brasil, la hacia temer una nueva conmocion que llegaría hasta Méjico, el Perú y las provincias de la Plata, y las impulsaria á constituirse tambien en estados libres, y en aquellos momentos en que su prevision superaba á su codicia, hubiera preferido que los Braganzas permaneciesen en Lisboa á las eventualidades de adquirir el Portugal por medio de su partida. Sin embargo, no era probable que los Braganzas, á quienes ya salvara en 1802 la España á costa de su isla de la Trinidad, pudiesen libertarse otra vez en 1807. Era, pues, preciso resignarse á que fuesen de grado ó por fuerza relegados al Brasil. En esta situacion la corte de Madrid, lo mejor que po-

dia hacer era adquirir el Portugal. Pero conocia bien que no merecia de Napoleon tan rica recompensa: no dudaba que eran necesarios sacrificios para comprarle, y aun tal vez, consentir en que fuese dividido: en este caso, el señor Izquierdo tenia una mision secundaria, la de obtener una de las provincias portuguesas para su protector el príncipe de la Paz. Viendo éste, que de dia en dia se iba formando contra él una tempestad terrible, tanto en la corte como en la nacion, queria si era precipitado desde la cúspide de la grandeza, no quedar reducido á la nada, sino tener un principado independiente y sólidamente garantido. La reina deseaba tambien ardientemente aquel refugio para su favorito. El buen Carlos IV creia que le era debido al hombre, que con sus grandes servicios, decia, le ayudaba ya hacia veinte años á llevar el peso de la corona. En consecuencia, el señor Izquierdo habia recibido de sus soberanos, y del mismo príncipe de la Paz, espreso encargo de procurar aquel resultado en el caso de que Portugal no fuese integramente cedido á la España. Habia que satisfacer ademas otra ambicion si se partia el Portugal, y era la de la reina de Etruria, muy querida hija de los reyes de España, viuda del príncipe de Parma, madre de un rey de cinco años, y regenta del reino de Etruria, establecido hacia algunos años por el primer cónsul. Se sospechaba con razon que Napoleon no dejaria á la España, como al Austria, ninguna posesion en Italia, y por esta razon se pedia para la reina de Etruria una parte de Portugal. Dividido entonces este reino en dos principados vasallos de la corona de España, hubiera llegado á ser en realidad una